

Lo que cae entre manos

Itinerarios y prácticas de lectura en la clase trabajadora (Córdoba, 1940-1970)

Camila Tagle*

Introducción

La lectura tiene una historia. Pero ¿cómo podemos recobrarla? La pregunta la hizo Robert Darnton,¹ y antes y después de él fueron muchos y diversos los intentos por responderla. A la variedad de alternativas posibles, la historia social y cultural interesada en los problemas relacionados con la construcción de sentidos ha antepuesto, sin embargo, una prevención: el acceso al nivel de la llamada "recepción" de la lectura propiamente dicha, esto es, los mecanismos y procesos a través de los cuales los lectores elaboraron y dotaron de significados precisos a aquello que leían, constituye una empresa irrealizable, al menos en esos términos absolutos. Los pormenores de aquella dificultad son de diverso orden, pero hay uno que los aúna en su dimensión más estricta: la experiencia de los lectores, aún más la de aquellos que podemos agrupar dentro de la opaca, pero así y todo efectiva, categoría de "comunes", se encuentra, la mayoría de las veces, fuera del alcance de la investigación histórica. Escasísimas son, en efecto, las fuentes que permitirían saber cómo los lectores populares entendieron y usaron los textos que compraban, leían o escuchaban.² Tal como escribió Sarlo, la producción de otros textos sobre aquellos materiales constituye un privilegio "casi siempre reservado a los lectores y escritores cultos".³

Con frecuencia, esta constatación ha sido sorteada por medio de deslizamientos que suspenden la pregunta por la práctica, en favor de otra que posa su acento en los materiales sobre los cuales aquella operó. Así, es común que las inquietudes por conocer el lugar que tuvo la lectura en el seno de

sociedades o grupos pasados se resuelvan vía el análisis del contenido de las publicaciones o textos que —se supone— esas personas leían o, en todo caso, debían leer, porque así lo estipulaba su condición de público ideal para un proyecto editorial, una iniciativa comercial o, especialmente en el caso de sectores obreros, los propósitos de algún partido o asociación interesados en inculcar determinados gustos, hábitos o deberes. Pero la presencia de los lectores humildes —reales, no implícitos ni supuestos— no podría deducirse nunca de un conjunto de textos. Si su análisis es clave para una cabal comprensión del fenómeno, deja inexplorados los "factores determinantes de la recepción", una zona que resulta crucial a la hora de incluir a las prácticas de lectura dentro de los marcos amplios que delimitan a una cierta cultura.⁴ En nuestro caso, una surgida muy especialmente de las circunstancias materiales y subjetivas que constituyeron a la condición trabajadora durante mediados del siglo XX, en la ciudad de Córdoba, Argentina.⁵

En efecto, una mirada al mundo de los trabajadores en aquel tiempo y lugar habilitó la pregunta por la relación entre la lectura y un modo de vida que no hacía, y tampoco hubiese podido hacer, del acercamiento asiduo hacia el mundo escrito uno de sus designios conscientes o prioritarios pero que, sin embargo, tomaba contacto con él en circunstancias variadas y, en ocasiones, corrientes. En el siguiente artículo proponemos una aproximación a ese conjunto de prácticas, procurando establecer los contextos en el marco de los cuales tuvieron lugar y el modo en que fueron concebidas por sus protagonistas, hombres y mujeres provenientes de

* Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR-CONICET) / Universidad Nacional de Córdoba

1 Robert Darnton, "Primeros pasos hacia una historia de la lectura", en **El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, p. 166.

2 Roger Chartier, "Lectores y lecturas populares. Entre imposición y apropiación", en **Co-herencia. Revista de Humanidades**, Vol. 4, n° 7, julio-diciembre de 2007, pp. 103-117.

3 Beatriz Sarlo, **El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011, p. 25.

4 Martin Lyons, **Una historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental**, Buenos Aires, Ampersand, 2024 [2010].

5 El presente trabajo se inscribe en una investigación mayor —aún en curso— abocada al estudio de sectores obreros de la ciudad de Córdoba durante las décadas del cincuenta y setenta del siglo XX. Su objetivo es contribuir al desarrollo de una historia cultural de las clases trabajadoras, capaz de devolver los rasgos fundamentales de una cultura concebida más allá de los elementos directamente ligados al tiempo y lugar del trabajo o de las militancias políticas o sindicales. En el marco de esta investigación, se realizaron hasta el momento treinta entrevistas orales a trabajadores que vivieron en la ciudad de Córdoba a lo largo de aquel período y compartieron sus recuerdos e historias de vida.



hogares obreros y abocados, ellos mismos a lo largo de sus vidas, al mundo del trabajo manual.

La relevancia de la pregunta por las prácticas de lectura posibles de hallar en ese universo quedó manifiesta al analizar un conjunto de testimonios de trabajadores que compartieron oralmente sus historias de vida. Aún sin proponérselo de manera explícita, las escenas de lectura se colaron en esas narraciones como parte integrante del cúmulo de experiencias consideradas para dar sentido a sus autorrepresentaciones.

Nacidos entre los años 1929 y 1940, las personas que componen este grupo habitaron distintos barrios de la ciudad de Córdoba y destinaron gran parte de sus vidas a los trabajos que hacia la mitad del siglo ya los mantenían ocupados. Fueron obreros de la industria automotriz y aeronáutica, mecánicos, ferroviarios, trabajadoras fabriles, empleadas domésticas y de servicios de limpieza, cocineras, costureras. Las ocupaciones se repitieron cuando evocaron a sus parejas, y se trasladaron en muchos casos al campo cuando sobrevivieron los recuerdos paternos y de la infancia. Fueron, muchos de ellos, hijos de peones y trabajadores rurales del interior provincial. Sus trayectorias son tan singulares como asimilables a las de miles de trabajadores que a comienzos de la década del cincuenta arribaron a la ciudad de Córdoba con el conocimiento de algún oficio, o bien contribuyeron a engrosar las filas de una clase obrera en pleno proceso de expansión.⁶ Conocerlas, pues, constituye un buen punto de partida en el intento por recomponer una experiencia de clase que rebasa los marcos en los cuales ha sido usualmente contenida.⁷

Una aproximación atenta a aquellos relatos devolvió una imagen heterogénea, aunque uniformemente atravesada por el contacto con la práctica lectora, en alguna de sus posibles y múltiples manifestaciones y en frecuencias que oscilaban entre el acercamiento esporádico y el hábito relativamente incorporado a la vida cotidiana. Ya sea para sugerir una profusión estimada, para reconocer la ajenezidad respecto a cualquier noción de criterio o "cultura" literaria, o para remarcar ambas cosas en simultáneo, los recuerdos confluyeron en figuras que, con matices, se reiteraron: "leía *todo lo que caía en mis manos*". O bien: "leía *cualquier cosa*". Lejos de desmerecerla, estas reconstrucciones retrospectivas buscaron, al contrario, enaltecer una práctica, situándola, precisamente, más allá de sus contenidos. Lo cual no quiere decir, veremos, que éstos fueran irrelevantes, o enteramente

intercambiables. Antes bien, expresiones como esas dieron cuenta de un tipo de aproximación condicionada (y habilitada) por circunstancias no del todo controladas.

En los recuerdos no siempre estuvo claro de dónde provenían esos materiales escritos, destinados a "caer" en manos más o menos ávidas por recibirlos, así como tampoco los sentidos de aquella pulsión lectora. Sin embargo, es factible ensayar posibles hipótesis e itinerarios, partiendo de los registros disponibles y de las imprescindibles directrices que proporciona una larga (y clásica) tradición de historia social y cultural, a la cual este trabajo anhela invocar. Sus referentes son bien conocidos, si bien aún se extrañan incursiones que recojan sus propuestas en el marco de la historiografía local.⁸ Nuestra imposibilidad material de acceder al tipo de archivos que están en la base de aquellas investigaciones relativas a la práctica lectora de las clases subalternas, constituye un obstáculo metodológico de primer orden y explica —en parte, pues no lo agota— ese desfase. En su ocurrencia confluyen, de manera igualmente efectiva, las derivas de un vínculo un tanto errático, por momentos mutuamente desinteresado, entre la historia de las clases trabajadoras y la historia cultural, en el campo historiográfico argentino.

Aquel conjunto de testimonios proporcionó, entonces, el punto de partida de una indagación que exploró, a partir de sus pistas, otras fuentes —publicaciones periódicas, encuestas, autobiografías y documentos personales— con la intención de capturar fragmentos de este cuadro discontinuo. ¿Qué, cómo y cuándo leían los hombres y mujeres de la clase trabajadora de Córdoba? ¿En qué situaciones sociales? ¿A través de qué medios e influencias forjaron un gusto literario? ¿Qué relación mantenían con materiales de circulación masiva?, ¿Qué tipo de expectativas activaba la lectura en sectores a priori distanciados de su dimensión de hábito, naturalizada, en cambio, para otros grupos sociales?

Para abordar estos interrogantes, el artículo recorre tres estaciones diferentes. El primer apartado se detiene en el tiempo de la infancia, allí donde se remontan las primeras experiencias y referencias lectoras, indisociables de los estímulos provenientes de contextos familiares y sociales más amplios. A continuación, exploramos los contornos de las *bibliotecas populares*, una vez que aquellos hombres y mujeres abandonaron sus hogares de origen y comenzaron a transitar la vida adulta, a la par de su inserción en el mercado laboral y el establecimiento de sus propias familias en alguna de las zonas obreras de la ciudad. La categoría no refiere

6 James P. Brennan, "Industria, sociedad y clase", en *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976*, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2015, pp. 45-76.

7 Las páginas que siguen recuperan, entre otros materiales, algunos de los testimonios que componen este *corpus* de fuentes orales. Los mismos responden a los mencionados criterios cronológicos y sociales, que fueron definidos para la realización de las entrevistas. Todas las citas textuales que se integran en el artículo corresponden a entrevistas realizadas por la autora entre los años 2021 y 2023 en la ciudad de Córdoba.

8 Muchas de las referencias teóricas y metodológicas a las que aludimos irán apareciendo a lo largo de estas páginas. Provenientes de distintas tradiciones disciplinares, sus representantes forjaron los basamentos fundamentales para cualquier historia de la lectura interesada en comprender las prácticas obreras y populares. Nos referimos, entre otros, a Roger Chartier, Robert Darnton, Richard Hoggart. Jonathan Rose y Martin Lyons recogieron más recientemente algunas de esas agendas. Para América Latina, los trabajos de Jesús Martín-Barbero constituyen, asimismo, un antecedente principal.



precisamente al objeto, rara vez presente entre el mobiliario de estos hogares; tampoco a las instituciones culturales, a las que, al menos durante este período, no parecen haber asistido en número significativo, sino más bien a ese conjunto heterogéneo, discontinuo, de materiales y circuitos que componían los universos de lectura al alcance. A partir de la información que proporciona una extensa encuesta del año 1965, el tercer apartado se concentra en la lectura obrera de periódicos locales, con el objetivo de identificar hábitos, usos y preferencias socialmente diferenciadas. Hacia el final, volvemos sobre el interrogante que dio inicio a este rodeo, pues no fue nuestra intención fragmentar esta historia en una miríada de historias individuales. El reparo requirió cierto esfuerzo metodológico y narrativo; también el recordatorio de aquello que Bourdieu ha instado a "sacar a la luz": las condiciones del "milagro" de la desigual distribución entre las distintas clases sociales de la aptitud para el contacto con los productos de la cultura.⁹

Puntos de partida. Lectura e infancia obrera

La infancia en contextos obreros representó una etapa significativa en los primeros recorridos lectores, esos que con el tiempo adoptaron derivas propias. En su seno, algunas figuras parentales resultaron promotoras claves de ese gusto declarado por el contacto con el mundo escrito. Abuelos inmigrantes que ejercitaban su incipiente castellano con publicaciones baratas, madres que depositaban en los libros de sus hijos el poder de un despertar intelectual para ellas vedado, padres analfabetos que precipitaron el aprendizaje lector de los menores del hogar como medio para acceder ellos mismos a la palabra impresa: un abanico diverso, aunque limitado, de funciones y situaciones familiares, hicieron de la niñez un tiempo propicio para la implantación de una práctica que obedecía a razones particulares. Veamos, en adelante, algunas de ellas.

Si la Biblia en italiano formaba parte casi obligada del acotado equipaje que traían consigo quienes cruzaron el Atlántico a principios del siglo XX, su pronto reemplazo por un ejemplar de origen nacional constituyó una práctica frecuente de los recién llegados: "lo primero que hizo fue comprar una en castellano para aprender el idioma". Al mismo acercamiento —oyentes de la Biblia leída en voz alta, en un español trabajoso— remitieron las escenas primigenias de lectura recordadas por dos nietos de inmigrantes, Bety y Lalo, con cuyos abuelos compartieron techo hasta bien entrada la adultez, en los populares barrios Observatorio y San Martín de la ciudad de Córdoba. Al libro sagrado le siguieron otros,

y éstos empezaron a abultar los "baúles" que se integraron a un peculiar mobiliario doméstico.

Bety, criada en una familia de trabajadores y casada luego con un obrero automotriz con quien también compartió, veremos, su gusto literario, afirmó: "mi abuelo me leía los libros y yo le prestaba atención. Desde ahí puedo decir que **Las Mil y Una Noches** me lo leí *de pe a pa* y podía leer todo lo que llegaba a mis manos". La alusión al clásico universal de la literatura oriental cumplió aquí la función de marcar la frontera máxima de una lectura que también podía —y por ello se jactaba— ser extensiva. No sabremos cuál de todas las versiones de **Las Mil y Una Noches**, "tal vez el caso mejor documentado de génesis colectiva y variadas interpolaciones" habrá "llegado a las manos" de Bety, aunque su testimonio pareciera invocar las miles de páginas que conforman la representación habitual de una de las obras literarias más leídas a lo largo de la historia.¹⁰

El recuerdo de los relatos religiosos se posó también allí donde siquiera llegaba un ejemplar de la Biblia. A la "luz de la luna" y bajo el amparo de las galerías que conectaban las habitaciones de un puesto rural del norte provincial, el testimonio de Mecha ubicó una escena familiar recurrente, protagonizada por su madre —trabajadora rural en el campo y costurera en la ciudad— y sus cinco hermanos: "a modo de cuento mi madre nos hablaba de Sansón, de Abraham, de Noé, del Arca de Noé". "Estaba llena de ideas", resumió, luego de recordar la costumbre materna de celebrar, "no sólo cristianamente", las navidades en el puesto: mediante el despliegue de una obra de teatro en la que a Mecha solía adjudicársele el papel de Caperucita, y a la que era invitado "hasta el patrón". "Todo lo que soy lo heredé de ella", afirmó, y ese conjunto incluía el permanente deseo por "descubrir" que, en la juventud, la llevó a ser una entusiasta lectora de revistas, como se verá más adelante.

En otros testimonios, las lecturas de la infancia aparecieron menos asociadas al placer infantil y más teñidas del halo de deber —en cierta medida, sagrado— que los padres y, con mayor frecuencia, madres, atribuían a una práctica en la que depositaban grandes expectativas relacionadas, por vías más o menos directas, con el camino del ascenso social. "Ella no estudió porque tuvo que hacerse cargo de sus hermanos, fue su gran frustración", afirmó Susi, otra trabajadora, refiriéndose a su madre, al tiempo que recordó que a ella, acaso por esa misma razón, le "exigían que leyera": "me ponían en una cama y me sentaban a leer. Ellos tomaban mate desde la cocina y yo leía en voz alta porque mi mamá tenía que escuchar. De memoria ya me sabía las lecturas. Para ella era muy importante que leyera". Mecanismo de control o, en ciertos casos, de censura paterna —vigilar el contenido de las primeras lecturas, comprobar que fueran aceptables—, la obligación de leer en voz alta constituyó

9 Pierre Bourdieu, **La distinción. Criterios y bases sociales del gusto**, Madrid, Taurus, 2016 [1979], p. 33.

10 Román Gubern, **Metamorfosis de la lectura**, Madrid, Anagrama, 2010, p. 16.

una práctica frecuente en la educación de niños de familias obreras, sobre todo cuando los padres eran analfabetos.¹¹

El primer libro que Susi recordó como propio fue un regalo de una vecina de Villa Revol, el barrio al sur de la ciudad —“un dormitorio obrero”, según lo definió— donde nació y aún vivía al momento de la entrevista: *Papaíto piernas largas*, “una historia de amor de una adolescente con su profesor”, reseñó. En su casa había algunos libros, pero sobre todo había revistas. Entre las que recordó especialmente estaban “las de crónicas policiales y asesinatos” y algunos números de **Para Ti**, principalmente aquellos que incluían los modelos de prendas cuya confección intentaban imitar su madre y su tía, ambas costureras.

Había, por lo demás, periódicos, en función de una costumbre que su padre, obrero de vialidad municipal, mantuvo a lo largo de su vida: leer el diario **Córdoba** al regreso de su trabajo. A tal punto la recordó como una práctica rutinizada, que el relato la ubicó en muy precisas coordenadas: situado a espaldas de una pequeña ventana ubicada en la parte alta de la cocina, con un gesto elevado que buscaba captar para la lectura ese último haz de luz natural que marcaba, casi invariablemente, la concurrencia del fin de la jornada laboral, la salida diaria del único periódico vespertino local y la inminencia de la noche en el hogar obrero: “cuando se cansaba bajaba y después volvía a ponerse así”. Es probable que aquella inmersión en las noticias del día diera, de tanto en tanto, lugar a alguna conversación. Al referir al momento de su politización como trabajadora fabril, a mediados de los años sesenta, Susi estableció: “eso debe haber surgido de las lecturas del diario de mi papá, porque en mi casa no había nadie que fuera militante”. Aquel hombre leía, según recordó, todas las secciones del diario, mientras reservaba para la esposa las páginas destinadas a la quiniela, en un universal reparto textual según precisas expectativas de género.¹²

Como ha de suponerse, la falta de dinero no era por sí misma un obstáculo definitivo a la hora de determinar el acceso a la lectura de diarios, como así tampoco a otros materiales escritos. Incluso no lo era el propio analfabetismo, condición que compartían no pocos de los progenitores de esta generación de obreros que atravesaron buena parte de su escolarización durante el primer peronismo. Así, por ejemplo, los primeros recuerdos de lectura de Esteban, hijo de un peón rural ocupado en los predios de la Escuela de Agricultura de la Nación, tienen como principal referente escenas compartidas con su padre, quien habitualmente lo “obligaba” a que le leyera en voz alta. Por un lado, las páginas del ejemplar que el diario le regalaba, en función de las ventas del día. Por otro, los volantes que circulaban por las asambleas de trabajadores en las que

comenzaba a involucrarse, una vez que, luego de su primera adhesión radical, “terminó siendo peronista”: “así aprendí a leer, porque tenía que leer en voz alta para que él escuchara y me entendiera. Era un hombre muy informado, todos los días tenía una novedad, un informe”.

No resultaría extraño que el propio interés de Esteban por los asuntos políticos y sociales, canalizados años más tarde a través de una participación activa en la Juventud Obrera Católica (JOC) de Córdoba, se haya nutrido, al menos en parte, de aquellos tempranos y habituales contactos con el abanico de lecturas paternas “a demanda”. Sus padres no tenían para comprar libros, y él recordó no haber podido hacerlo, y con esfuerzo, hasta bien entrada su adultez. Pero en su hogar circulaban los que le prestaba habitualmente el cura de la iglesia del barrio Las Flores, allí donde concurría, junto con su madre, a las misas de domingo. El mismo que años más tarde lo convocaría, “junto con otros chicos que trabajaban”, a formar parte de la JOC. Entonces experimentaría sus primeros acercamientos a una lectura más intensiva, cuando sugirieron su nombre como orador para una conmemoración del 1° de mayo:

Yo le digo: pero yo no sé... Acá están los libros, me dice, usted lea y después vamos a hablar entre los dos y yo le voy a explicar (...). Muchos libros que hablaban de aquellos trabajadores de Estados Unidos asesinados, Sacco y Vanzetti, de la clase obrera de Inglaterra, Italia, Bélgica, que contaban cómo muchos jóvenes murieron en la guerra.

Esa conexión entre las primeras lecturas y un temprano despertar político fue también explícitamente sugerida por Gaitán, un trabajador que retrotrajo sus “primeros recuerdos políticos” a una escena suscitada por la lectura de una revista de moda que su madre, costurera también, acostumbraba a comprar de vez en cuando:

Estaba aprendiendo a leer y *llegó a mis manos* una revista que hacía una entrevista a los artistas de moda, porque había un planteo de que iba a haber un nuevo presidente en el país. Entonces se les preguntaba a los artistas ‘¿qué haría usted si fuera presidente?’ Yo leí un artículo que me quedó grabado porque le dije a mi madre, ella estaba cocinando y yo sentado frente a su máquina, y le digo: mirá mamá qué lindo esto que dice este hombre, Alfredo De Angelis era, decía que si él fuera presidente favorecería a los pobres, y le digo mirá qué lindo esto que dice este señor. Y mi madre me mira por encima de los anteojos y me dice: ‘todos antes de asumir dicen lo mismo’.

En este relato de vida la anécdota funcionó como disparador para fechar el inicio de un proceso de *peronización* familiar que pronto redundaría en el reconocimiento de la primera y única excepción a la regla que estructuraba aquella idea materna acerca de la política: fue Perón, en efecto, según se colige de su testimonio, el único político que materializó el programa supuestamente declarado por el famoso cantante

11 Martin Lyons, “La experiencia lectora y escritora de las mujeres”, en **Cultura escrita y sociedad**, n° 1, septiembre de 2005, pp. 158-176.

12 Graciela Batticuore, “La lectora de periódicos”, en **Cuadernos de Literatura**, Vol. XX, n° 40, julio-diciembre de 2016, pp. 491-510.

de tango para la "revista de moda" de la época. Dejando de lado este aspecto, el fragmento interesa porque dibuja los contornos de una escena que integra la lectura a la dinámica doméstica del hogar obrero, del modo en que solía hacerlo habitualmente, o al menos tal como lo presentan varios de los testimonios orales: llenando los intersticios entre actividades y labores, suscitando alguna conexión con la vida cotidiana y habilitando una circulación entre generaciones con distintos niveles de instrucción. Si diarios, revistas o suplementos "llegaban a las manos" de todos, o casi todos, los integrantes de ciertas familias trabajadoras, fue porque efectivamente constituían bienes corrientes en estos hogares, aunque no siempre se puedan precisar los circuitos que los llevaban hasta allí, o los títulos que conformaban esos acervos variables.

La mediación canillita

Ya sea en su rol mediador, o debido a la propia práctica de un oficio que en muchos casos estaba a mano como complemento de un ingreso principal o primera entrada al mundo del trabajo, la figura del canillita apareció frecuentemente asociada a los primeros acercamientos de lectura entre la población trabajadora:

Siempre me gustó leer, *todo lo que venía a mis manos* lo leía. Libros generalmente eran muy caros. O te lo prestaban, o ibas a una biblioteca. Se usaban también muchas revistas en esa época. Mi padre era canillita, entonces nos solía traer las revistas: **Rayo Rojo**, **Misterix**, **Pato Donald**, **Billiken**.

La introducción a aquella selección de títulos infantiles constituye, de hecho, el recuerdo más patente que Galíndez, quien fuera operario en una industria automotriz, conserva de su padre, un vendedor de diarios y revistas con "parada" en una intersección céntrica de la ciudad, de quien quedó huérfano a sus 10 años de edad, para ser criado por su madre, una trabajadora ocupada por entonces en un cortadero de ladrillos. Componente esencial del paisaje urbano de mediados de siglo, los canillitas desempeñaron, pues, un rol para nada desdeñable en la promoción y difusión de impresos entre un público lector que ensanchaba sus fronteras, al ritmo que lo hacía la industria de las publicaciones periódicas en la Argentina. El voceo callejero ya había reemplazado al sistema de suscripciones como medio a través del cual no sólo se accedía a las publicaciones, sino también a las propias noticias relatadas por los vendedores, en ocasiones con estilos y ocurrencias (exageraciones, noticias falsas) que definían sellos característicos. "Por un lapso de 24 horas no se escuchó el cotidiano pregón de todos los que inundan voceando sus diarios en los lugares más recónditos de nuestra ciudad", se leía en una revista de 1970 a propósito

de la celebración del día del canillita.¹³ El tema merecería un mayor detenimiento, pero es esperable que, en torno suyo, se tejieran circuitos informales, en los que la práctica del préstamo y la pronta devolución coexistiera con la venta directa, como forma alternativa de circulación de materiales que, como venimos observando, no escapaban al interés de una amplia porción de la clase trabajadora. Como fuera, no es difícil deducir que los lectores probables de un periódico sobrepasaban, por mucho, a quienes pagaban por él.

Además de una marcada informalidad, la alta composición infantil constituyó el rasgo distintivo y duradero de la base social que engrosaba al conjunto de vendedores de diarios y revistas a lo largo del país, y es posible suponer alguna correlación entre el ejercicio de este oficio y el despuntar de un hábito lector.¹⁴ En efecto, de un grupo medianamente acotado de trabajadores entrevistados, la mayoría de aquellos que vivían en la ciudad y comenzaron a trabajar durante la niñez o temprana adolescencia lo hicieron como canillitas, y todos atribuyeron a esa labor una cuota importante en el hecho de haber sido lectores de prensa periódica durante su juventud. Así, los testimonios invitan a matizar aquellas descripciones del oficio que asumen que, al tiempo que fueron los responsables de llevar a los medios de la imprenta al lector, los canillitas fueron los expulsados del "paraíso de la lectura", condenados a distribuir "noticias y aventuras que no podían leer jamás".¹⁵

No fue el caso, entre otros, de Monti, quien recordó su especial gusto por la lectura, "muy a pesar de no tener escuela". Poemas, versos, cuentos camperos y también "saber cómo iba la guerra"; su recuento de géneros predilectos aunó las dos vertientes en las cuales este trabajador fabril desarrolló su particular gusto literario: la infancia rural y la experiencia como diariero luego de la migrar a la ciudad, período al que atribuyó su mayor flujo de lecturas, fragmentadas "entre casa y casa", dentro del conjunto de aproximadamente ciento cincuenta que, según recuerda, debía recorrer por cada día de reparto. Zárate, por su parte, vendía diarios y revistas en los tranvías, antes de ingresar a la escuela y como modo de completar un ingreso familiar escaso, hecho del pago a una empleada doméstica y un trabajador de la misma empresa de transporte. Era a comienzos de la década del cuarenta. "En ese tiempo el secretario de los canillitas era Cuello", recordó, y rescató a la revista **Patoruzú** como una de sus preferidas entre las que conoció por entonces, gracias a su temprana labor. Su relato, mientras tanto, destinó un pasaje a la narración de una anécdota familiar ambientada en torno

13 **Aquí y ahora**, Año 2, n° 2, diciembre de 1970.

14 Omar Acha, "El sindicato de 'canillitas' y el mosaico de lo público en la sociedad política peronista (1945-1955)", en Omar Acha y Nicolás Quiroga (coords), **Asociaciones y políticas en la Argentina del siglo veinte. Entre prácticas y expectativas**, Buenos Aires, Prometeo, 2014.

15 Alejandro Eujanian, **Historia de las revistas argentinas. 1900/1950 La conquista del público**, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999, p. 41.

a una secuencia de lectura cotidiana y habilitada por las "cartillas" otorgadas en la escuela de alguno de sus siete hermanos:

Estuvimos para el gran terremoto de San Juan. Estábamos sentados todos porque nos gustaba que nos leyera cuentos mi mamá. A la noche ella tenía una reposera, la llevaba a la pieza y nosotros la rodeábamos. Y empezaba a contar cuentos. Del lobo, de todo. Todos estábamos ahí. (...) Me acuerdo porque teníamos unas sillitas petisitas. De repente se cortó la luz y hubo un grito: ¡temblor! Mi hermano se quiso parar y se desmayó porque lo agarró justo. Estuvo muerto como 10 horas. El médico de cabecera vino a decir que había que enterrarlo. Fue algo increíble...

En este pasaje la escena de lectura se coló en medio de un recuerdo cuyo centro era evidentemente otro: el terremoto de 1944 (referencia "periodificadora" compartida en muchos testimonios de esta generación), las réplicas del temblor y, fundamentalmente, la "muerte" y resurrección; un evento que se encadena a otros de naturaleza similar y que adquiere sentido en el marco de una vida atravesada por la vivencia de la religión, en un abanico de manifestaciones que van desde la apreciación del milagro, a la participación activa en grupos evangélicos. Sin embargo, cumplió allí una precisa función narrativa, acaso extensiva del significado ritual que, tal como fue presentada, parecería haber tenido la lectura en la vida cotidiana de aquellas infancias de clase trabajadora: momento de reunión y ronda, experiencia nocturna y, también, disposición a una cierta abstracción, que sólo podría ser contrarrestada, al menos en su recuperación narrativa, por los ecos de un temblor.

La mención al cuento "del lobo" como referencia distintiva y alusiva de un conjunto más amplio de relatos ("de todo") trajo, por su parte, a colación a la misma tradición de cuentos populares que estaba en la base del repertorio de personajes elegidos por la madre de Mecha para protagonizar sus ansiadas celebraciones teatrales. Al igual que ella, la madre de Zárate se había criado a principios de siglo en un medio rural y es probable que sus versiones se anclaran en algún punto de una larga cadena movida por la transmisión oral. Así como en los "cuentistas campesinos" de **Caperucita Roja** recuperados por Darnton —y por más que aquellas teatralizaciones nos sean, en esencia, incapturables— las rememoraciones invitan a imaginar narraciones mediadas por "efectos que les daban vida" y que cobraban sentido en esos precisos contextos de escucha: la galería de un puesto rural del norte provincial, la habitación compartida y amoblada con reposeras en el seno de la vivienda obrera urbana.¹⁶

16 Robert Darnton, "Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca", en **La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 28-30.

Así, intercalada con la descripción de otros aspectos de la vida pasada—en este caso, la primera experiencia laboral en la carpintería familiar— la referencia a la lectura se interpuso también en el testimonio escrito de Cruz, un trabajador de maestranza que escribió tres "folletos" autobiográficos. **Recuerdos de Infancia** se titula el primero de ellos, en una de cuyas páginas se lee un completo inventario de las publicaciones periódicas que, a mediados de los años cuarenta, circulaban y se consumían entre un público amplio:

De todas maneras, mi mayor interés por ir a la carpintería se debía a que allí leía revistas: el **Tit Bits**, el **Toni**, el **Intervalo**, las **Aventuras de la Sombra**, el **Fantasma que Camina** y hasta **La Voz del Interior**, todo lo que compraba mi tío. A Cisco Kid le envidiaba el caballo, y al Fantasma su novia Diana Palmer.¹⁷

El recuento, presentado como un conjunto más o menos indiscriminado, reposó, en cambio, en un patrón bien definido: historias de aventuras publicadas en revistas de historietas nacionales de las primeras décadas del siglo, o bien versiones locales de un par extranjero homónimo (**Tit Bits**). Interrumpiendo las tareas del joven aprendiz, las revistas se colaban en la jornada del taller, donde parecían hallar un escenario natural. De la carpintería pasó a ocuparse en un taller mecánico, y de allí a la venta de diarios y revistas. El oficio, otra vez, se enalteció en su escrito por las posibilidades culturales que habilitaba, ahora vinculadas al contacto cercano con los "grandes del cine y el teatro nacional", que entraban y salían de los hoteles en los cuales establecía su parada: "En el Crillón estuve a solo un metro de distancia de María Félix (...) Por aquellos años, ver a esas figuras en el interior del país era un privilegio de la gente bien y de los canillitas, entre los que me contaba".

"El príncipe de los ferroviarios"

La autobiografía de Juan Carlos Cena —trabajador ferroviario y reconocido activista sindical— también registra las primeras lecturas que acompañaron su niñez y adolescencia en Guiñazú, una localidad del norte cordobés desde donde inició su labor en el ferrocarril, continuando así el camino de su padre, comenzado a principios de los años treinta en Pie de Palo, provincia de San Juan.¹⁸ Al igual que las de Cruz,

17 Archivo personal de la familia Cruz.

18 Juan Carlos Cena, **El guardapalabras. Memoria de un ferroviario**, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1998. El libro autobiográfico de Juan Carlos Cena constituye el único caso, entre los analizados, de un material editado y de circulación pública. Su trayectoria, en efecto, no es correlativa a la de los demás trabajadores considerados, en tanto sigue el devenir de quien terminaría siendo, entre otras cosas, *escritor*. Así todo incorporamos ese material en la presente aproximación, dado que repone información especialmente valiosa y de interés.



sus páginas anotan recuerdos marcados por la *fuga* de los protagonistas de historias de aventuras —sus atributos, anhelos y poderes— hacia la vida real, en un movimiento tan imposible de constatar, como a todas luces constitutivo de las apropiaciones infantiles (y no solo) de la literatura. Según escribió, su padre, "lector de revistas y novelas de aventuras", fue quien incitaba a matar "el asno que cada uno llevaba dentro" a través de la lectura de publicaciones que, a esta altura del recorrido, se reiteran: "leíamos **Fantasia, Rayo Rojo, El Tony** y, subiendo culturalmente la cosa, **Intervalo**, en la que venían versiones resumidas de obras clásicas con muy buenas ilustraciones".¹⁹

Su madre, mientras tanto, esperaba de Leoplán los suplementos con novelas que quedaban deliberadamente fuera del alcance de los hijos. **El árabe** fue una de ellas; una ficción romántica inglesa de principios del siglo, que la mujer guardaba celosamente una vez pasada la lectura. Pero el mayor espacio en estas remembranzas literarias estuvo destinado a una colección específica, cuyo editor Cena no recordó, como sí retuvo el distintivo color de las tapas de los ejemplares que contenía: "*Cayeron en mis manos* unos libros de color amarillo con las obras de Salgari, de Julio Verne, con dibujos hermosos, llenos de detalles, que le informaban a uno cómo se vestían, qué comían en lugares y tiempos desconocidos, cómo eran las naves, los caballos, las espadas". Uno de ellos, escribió, le "llegó hasta el fondo": el del Príncipe Valiente, la clásica historieta creada en 1937 por Harold Foster. "Olía lo que él olía, comía como él, me entristecía por sus pesares y me iba con él a la aventura. Lo imitaba cuando salía del libro", recordó antes de recapitular las secuencias que lo tuvieron de protagonista, emulando en paisaje rural las andanzas de sus personajes preferidos, devenidos entonces "héroes baratos": "Yo era un príncipe de la dinastía de Los Ferroviarios".²⁰

Con aquella identificación se cerraban las menciones a su temprano universo literario. Las subsiguientes remitirán a la adultez, entrados ya los años cincuenta, momento en el cual tanto Cena como otros trabajadores de su generación transitaron el ingreso formal al mundo laboral: en los talleres, las fábricas, las casas particulares o los propios hogares que demandaban el sostenimiento femenino de las amas de casa de extracción obrera. Si los materiales y contextos eran, ya, otros, las aproximaciones no siempre perdieron esa cuota de credulidad característica de los primeros acercamientos a la lectura de ficción.²¹

Bibliotecas populares

¿Cómo imaginar un público que posiblemente no fuera habitué de librerías y que, sin embargo, consumía semanalmente su cuota de ficción? La pregunta precisa el "enigma" de los lectores, planteado por Sarlo para el estudio de las narraciones periódicas de la primera mitad del siglo XX en Buenos Aires.²² Su vigencia se mantiene para las décadas que le siguieron. Las librerías continuaron sin ser sitios frecuentados por el público trabajador y la información disponible hace pensar que durante este período tampoco éste concurrió en número significativo, para satisfacer aquel deseo cuando se presentaba, a las bibliotecas populares que ofrecían sus servicios en algunos barrios de la ciudad de Córdoba, cuya localización no necesariamente se correspondía, cabe subrayar, con las de mayor poblamiento obrero. En 1952, por caso, una nota del diario **Córdoba** abogaba por la creación de bibliotecas infantiles en los barrios pobres y alejados del centro de la ciudad, aduciendo su carencia como generadora de una necesidad "realmente imperiosa".²³

Un relevamiento de bibliotecas populares activas en la ciudad, realizado en 1971, sugiere que el público mayoritario estaba compuesto por niños en edad escolar y estudiantes universitarios —en consonancia con una gran proporción de libros de estudio como componentes privilegiados de los catálogos—, amas de casa y, en algunos casos, jubilados de ingresos medios. La distribución geográfica de estas instituciones, en su mayoría localizadas en barrios de tradicional poblamiento y otros tributarios de la reciente "modernización", podría formar parte de las razones para esa ajениdad obrera. Pero incluso el informe sobre la Biblioteca Popular Martín de Güemes, sita en una zona de tradicional poblamiento obrero, afirmaba: "El préstamo a domicilio es poco numeroso. Siendo un barrio de gente sencilla, trabajadora, dedican poco tiempo a la lectura". La presencia obrera únicamente es mencionada al pasar en relación a la Biblioteca Popular Vélez Sarsfield de barrio General Paz, a cuenta de su catálogo de diarios locales: "congregan tarde a tarde alrededor de sus mesas a obreros, empleados, estudiantes, que gustan comentar la actualidad y conocer cosas del pasado en las sabrosas anécdotas de los jubilados".²⁴ Pero, aún allí, los datos estadísticos elaborados por la propia institución confirman la tendencia que indica a estudiantes secundarios y universitarios como la principal concurrencia del período.²⁵ Este breve rodeo requiere de mayores indagaciones, pero ahora alcanza para sugerir que es preciso descentrar la mirada de aquellos espacios para

19 *Ibidem*, p. 61.

20 *Ibidem*, p. 65.

21 Jonathan Rose, "The difference between fact and fiction", en **The Intellectual Life of the British Working Classes**, New Haven/ Londres, Yale University Press, 2010 [2001], pp. 92-116.

22 Beatriz Sarlo, *op. cit.*, p. 11.

23 **Córdoba**, 4 de marzo de 1952.

24 Hilda B. Cabrera, **Los libros y la educación popular: las bibliotecas populares cordobesas**, Trabajo Final de Bibliotecología, Córdoba, 1971.

25 Memoria de la Biblioteca Popular Vélez Sarsfield, correspondiente al ejercicio 1950-51.

asir a los y las lectoras que ansiamos conocer, así como a sus *bibliotecas*. Los testimonios continúan proporcionando el hilo conductor de una historia que, aunque fragmentaria, posee varios y estimables puntos en común.

La revista *Selecciones*, más acá de lo "masivo"

Entre los materiales mencionados por quienes fueron consultados acerca de sus hábitos de lectura, la revista **Selecciones** fue la que suscitó mayores coincidencias. Las novelas por fascículos que entregaba periódicamente fueron, por ejemplo, el material escogido por Susi para referir al tipo de lecturas que marcaron sus años de juventud, previos a su ingreso como trabajadora en Cindalux, una fábrica de lámparas para faroles de automotores ubicada en barrio San Carlos, cerca la vivienda que aún compartía con sus padres. Esperaba aquellos textos con el entusiasmo de quien acababa de descubrir una zona de la experiencia apenas revelada:

...me acuerdo la historia de un estudiante que tenía una relación de amante con la mujer de un industrial alemán, todo un magnate. Me acuerdo perfectamente que (...) ahí por primera vez conozco los perfumes Christian Dior, porque él relata en la novela que le enloquecía el perfume *diorissimo* que ella usaba.

Franqueando, aquí también, el límite que separaba la realidad de la ficción, su recuerdo se posó rápidamente en el deslizamiento —de planos, pero también físico y geográfico— que aquella lectura le suscitó: un traslado hasta el centro de la ciudad, en búsqueda de una perfumería que exhibiera algún ejemplar de la exclusiva marca francesa, para constatar con sus propios sentidos aquello que volvía inconfundible a la protagonista de la historia amorosa que seguía entre mes y mes: "lo primero que hago es ir a oler un perfume Christian Dior. Olerlo, imposible comprarlo (...) tenía olor a flores, era dulce como la novela. Esa novela no me la olvidé nunca. Así aprendí lo que son los perfumes importados, así me fui nutriendo de cosas sola". El recuerdo de aquella reacción frente a la lectura de ficción denota menos una voluntad de imitación —coartada, por lo demás, por evidentes restricciones económicas— o una fuente de inspiración para la propia vida, que el deseo por verificar la continuidad posible entre el relato y la "vida real". Más aún, entre el aroma distintivo de aquella imaginaria señorita europea y el que, facilidades de la circulación capitalista mediante, podía apreciar una simple lectora del otro lado del mundo con solo dirigirse al centro de su propia ciudad.

A su manera, su impulso se ajustaba bien a las expectativas de los editores encargados de la internacionalización de un impreso que se pretendía a la vanguardia del avance de la modernidad: que la gente corriente "conectara con

el mundo". **Selecciones**, afirmó en uno de los primeros números la delegada argentina y presidenta de la Comisión Interamericana de Mujeres, hacía posible que los lectores que no podían afrontar los costos de un billete de avión tuvieran, así y todo, una relación moderna con el mundo; "permitió a la imaginación viajar (...) incluso cuando el cuerpo no podía".²⁶

La revista **Selecciones** de la **Reader 's Digest**, edición para América Latina de su homónima versión estadounidense, circulaba en la Argentina desde los años cuarenta del siglo XX. Se trataba de una publicación de circulación masiva y verdaderamente global que, especialmente en el contexto de la llamada Guerra Fría, intensificó su empresa de difusión de imágenes y valores arraigados en el "estilo de vida americano" —*American way of life*— a través de una diversa gama de artículos, de temáticas y formatos variados: perfiles políticos, curiosidades, avances tecnológicos, consejos para la vida diaria, textos cómicos, además de los "condensados" literarios y las novelas por entregas, y el contenido publicitario adaptado a cada escenario nacional. Siguiendo la propia línea editorial y los datos arrojados por encuestas de la época, se ha postulado que la revista se encontraba entre los consumos frecuentes de una creciente clase media que, en Argentina, así como en los restantes países de la región, anhelaba entroncar y emparentar su identidad con la de los miembros de su clase a nivel global.²⁷

En Córdoba, el periódico local **La Voz del Interior** publicitaba asiduamente la salida de nuevos números, produciendo, o suponiendo, cierta retroalimentación entre los públicos consumidores. Así, por ejemplo, en 1950 un anuncio instaba a los lectores, a cambio de un ejemplar gratuito, a consignar y enviar a la editorial cuáles eran las temáticas que suscitaban mayor interés, entre un listado que sugería alternativas posibles para el próximo número.²⁸ Una década más tarde, el anuncio "Compre **Selecciones** de Mayo antes de que se agote" difundía la reciente publicación a través del adelanto de un artículo que, por cierto, interpelaba a los lectores desde un ideal cada vez más atractivo y, en más de un sentido, transversal a las clases: "¡Por dónde se llega al éxito!". La clave para lograrlo, se anticipaba, estaba en "recordar una venturosa ocasión semejante" y la revista develaría la historia de "un hombre que aplicó este sabio

26 Lisa Ubelaker Andrade, "Connected in Print: Selecciones del Reader 's Digest, U.S. Cultural Relations, and the Construction of a Global Middle Class, 1940-1960", en **Palabra Clave**, Vol. 22, n° 4, 2019, pp. 22-47.

27 Lisa Ubelaker Andrade, "La revista más leída del mundo: **Selecciones** del Reader 's Digest y culturas de la clase media, 1940-1960", en **Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX**, Vol.5, n° 5, 2014, pp. 21-41.

28 Las posibilidades eran: "Los animales tienen sus diversiones"; "¿Piensa usted como hombre o como mujer?"; "¡No queme la casa!"; "Hermosura no es ventura"; "Retorno a la libertad en Australia"; "Titanio: nuevo metal maravilloso"; "Lo que aprenden los jóvenes en Rusia"; "Nueva esperanza para los alcohólicos"; "Peregrinación a Lourdes". **La Voz del Interior**, 24 de mayo de 1950.



consejo en todas las empresas que emprendió".²⁹ Si la idea de progreso —modulación modesta del éxito— estaba ya presente en el habla común de la clase trabajadora, estas publicaciones se encargaron de llevar ese concepto "más allá de todo límite razonable", como señalaba Hoggart en su análisis de la prensa popular.³⁰

En efecto, la construcción del destinatario era manifiesta: **Selecciones** apelaba —y, se ha demostrado, también interpelaba— a hombres y mujeres que desempeñaban sus roles en el seno de familias de clase media tradicional. Sin embargo —y esto sólo puede apreciarse desacoplando por un momento el plano de la recepción de su inmediato referente textual— la revista también circulaba entre públicos de la clase trabajadora.

Estudios como los de Richard Hoggart han demostrado, en otros escenarios pero para el mismo período y en referencia a la misma tipología de publicaciones, que la clase trabajadora y la clase media solían compartir lecturas y que las divisiones se volvieron menos determinantes a medida que aumentaba la circulación de un tipo de materiales que ya podían calificarse como masivos.³¹ Sin embargo, el mismo autor nos previno de aceptar sin más el presupuesto que indica que la literatura de masas decía todo sobre aquellos que la consumían: "Comencé a escribir un libro sobre cultura de masas y terminé escribiendo (...) sobre la vida obrera", afirmó, al ponderar la relevancia de un conocimiento detallado sobre los propios consumidores y el "mundo" en que dicha literatura hacía mella.³²

Así como Susi, Eladio, obrero ocupado en IKA, recordó que "solía comprar la **Selecciones**, que era lo que más había". Por las "aventuras" que contenía y, sobre todo, por la posibilidad de acceder a un tipo de noticias que tenía allí especial protagonismo: las "grandes hazañas", tal como las definió. "Leí en la **Selecciones** cuando construyeron las dos torres gemelas, eso fue en los '60, también estaba la historia del Titanic...". Al igual que él, Monti declaró: "Durante muchos años leía permanentemente las **Selecciones** de la revista **Reader 's Digest**", y recordó que la revista se encontraba entre las publicaciones más solicitadas por los compradores que habitualmente lo frecuentaban cuando, al salir de su jornada en la planta de FIAT, destinaba sus horas vespertinas a la venta callejera.

Lalo, ocupado desde comienzos de los años cincuenta como aprendiz de artesanía en las oficinas del Correo, también recordó a **Selecciones** entre sus lecturas frecuentes:

"Nos llegaba a casa por el correo. Me interesaba desde la propaganda y todo, me entretenía. Traía un montón de cosas, historias de gente, cómo se había curado un cáncer, cómo se había curado una uña encarnada...". Alternaba su lectura con la de **Mecánica Popular**, otra publicación de origen estadounidense con una edición especial para países latinoamericanos, abocada, como su nombre sugería, a la divulgación de adelantos técnicos y científicos —"patéticos intentos de seguirle el rastro al progreso" satirizó Aira— y la oferta de guías "Hágalo Ud. Mismo" para *bricoleurs* que quisieran adaptar aquellos desarrollos en sus propios hogares.³³ "Nuestro lector típico", afirmaba un artículo de la revista,

(1) tiene su casa propia, (2) ha tenido casa propia o (3) quiere tener casa propia. Puede ser rico o pobre, pero tiene una cosa en común con todos los demás; es el tipo de hombre a quien le gusta saber qué es lo que tiene su automóvil debajo del cofre, o cómo funciona su radio. Las cosas mecánicas le interesan, y también el porqué de ellas. Gusta de construir cosas con sus propias manos.³⁴

Aquel perfil, por cierto, se ajustaba bien a este trabajador, como también a muchos otros que encontraban en las páginas de publicaciones como **Mecánica Popular** o **Selecciones** no tanto una reafirmación del universo conocido, como muestras de horizontes anhelados, a la medida de ciertas expectativas de ascenso. Vale decir, no siempre éstas encontraron su cauce en las trayectorias que las encarnaron. "¿Cuándo se instala entre nosotros la Estética del Espejismo a Plazos?", interrogaba Monsiváis en el contexto de un proceso cultural ya consumado. "No está de más responsabilizar al **Selecciones del Reader 's Digest** de los años cuarenta", respondía sin ironía, "con su sabiduría comprimida, sus chistes repetidos y sus secciones intitoladas (célebremente) 'Otros pueden. ¿Por qué no usted?' y 'Mi personaje inolvidable'".³⁵

El tercer título rescatado por Lalo recuerda algo que también emergió claro de estos testimonios: el interés por la historia, satisfaciendo, a veces de manera intercambiable, deseos de esparcimiento y otros de adquisición de "cultura", para lo cual se le adjudicaba un lugar privilegiado ("La historia, una disciplina siempre popular").³⁶ Ese título fue **Todo es Historia**, la revista de divulgación fundada y dirigida por Félix Luna desde el año 1967. Compraba ediciones viejas, "de tres meses atrás", a la salida del correo, según recuerda a un precio mucho menor que el correspondiente a los números

29 **La Voz del Interior**, 19 de marzo de 1953.

30 Richard Hoggart, **La cultura obrera en la sociedad de masas**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013 [1957], p. 186.

31 *Ibidem*, p. 253.

32 "Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad" [Entrevista de Beatriz Sarlo a Raymond Williams y Richard Hoggart], en **Punto de Vista. Revista de Cultura**, Año 2, n° 6, julio de 1979, p. 18.

33 César Aira, "La utilidad del arte", en **Ramona. Revista de artes visuales**, n° 15, Buenos Aires, agosto de 2001, p. 4.

34 **Mecánica Popular**, Vol. 10, n° 3, marzo de 1952.

35 Carlos Monsiváis, **Los rituales del caos**, México, Ediciones Era, 2001 [1995], p. 237.

36 Carlos Monsiváis, **Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina**, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 47.

nuevos. Aquello le permitía, además, escoger entre los temas de su interés, que eran fundamentalmente variados:

La historia del Dique San Roque, del General Bustos, de los Alba de España, por ejemplo, todo ese tipo de cosas. Yo me interesaba, vamos a suponer, en la historia de Irigoyen, entonces buscaba en **Todo es Historia** donde salía algo y lo compraba. Me gustaban las motos también, buscaba a ver si había alguna de la moto que tengo yo y la compraba y ahí iba leyendo, y comparando, y así.

En su casa de barrio Observatorio, Lalo conservaba algunos números de aquella publicación, así como los ejemplares de tres libros adquiridos hace más de cincuenta años: un **Martín Fierro** edición centenario (1972), con tapa dura plateada y dibujos del ilustrador y pintor cordobés Osvaldo Gasparini, "para leer en la mesa, para la cama tengo otro chiquito"; **El vendedor más grande del mundo**, pagado en "dos o tres veces" a un librero ambulante que solía visitar el domicilio, y una compilación de poemas de Gustavo Adolfo Bécquer, que regaló a su esposa en 1959, en ocasión de proponerle noviazgo. Completaba ese obsequio "una canasta con diez flores blancas y cuatro rojas"; "Bécquer en ese momento era como Alfonsina Storni, traía una linda poesía que yo no la podía expresar ni memorizar, entonces comprando el libro ya ella se encargaba". La ponderación del poeta y narrador español, popularizado sobre todo gracias a sus rimas de tinte amoroso, concisas e inspiradas en producciones de la lírica popular, no parece, sin embargo, una elección aislada. En una de sus secciones características, "Cómo tostarse y lo Bienudo en Córdoba" —el "inevitable estudio psico-sociológico del tout local—, que ubica —conforme a los revalúos del boom industrial— a los aborígenes de la Nueva Andalucía en el plano social que les compete", la revista local de humor **Hortensia** ironizaba sobre el perfil social de posibles candidatos amorosos a partir de la clasificación de "su estilo epistolar". Si "entre párrafo y párrafo intercala rimas de Bécquer, usando papel telado rosado y ligeramente impregnado de perfume", el resultado era contundente: "el príncipe de tus anhelos, desvelos o desconsuelos pertenece (...) al populoso conventillo de los *tostadazos*".³⁷

"A todas esas las he tragado", se refirió con cierta indiferencia Enio, un trabajador de la carne, a la pila de **Selecciones** que conservaba en el garaje de su vivienda, mientras buscaba los impresos que quería, en cambio, poner a disposición de la entrevista, atesorados entre una diversidad de objetos personales antiguos: un ejemplar de la **Guía Pugilística (Anuario del boxeo mundial)** del año 1958 y **Recopilación de los Grandes Éxitos de Miguel Acéves Mejía**, realizada por Ediciones Hangar en 1957. "Pocos cantores extranjeros han tenido en nuestro país la trayectoria de este gran artista, que México cuenta entre sus hijos predilectos. De

su patria, tierra de ensueños y leyendas, nos ha traído las canciones que más arraigo en el pueblo tienen", introduce el ejemplar, y Ennio rememoró: "México lindo y querido, si muero lejos de ti...". El cantante y actor mexicano fue, pues, uno de los principales representantes del género ranchera, predominante en los bailes populares de mediados de siglo, tal como se desplegaron a lo largo y ancho del territorio argentino, y de los cuales Enio había sido asiduo asistente.

Es probable que de esas letras y composiciones haya tomado también modelos que fueran a parar a sus propias producciones, dado que desde temprana edad comenzó a desarrollar el gusto por la escritura, a la que solo pudo dedicarle tiempo a partir del cierre del frigorífico en el que trabajaba. "Yo le digo poesía", respondió a la pregunta por el tipo de textos creados. En uno de esos, fechado en el año 2013, consignaba el sentido de su gusto por la lectura:

Cuando Adela no está, todos piensan que estoy solo (...)
En el patio de mi casa me esperan los gorriones.
Tengo que guardarles pan viejo y luego desaparecen...
Comienzo a desayunar pan tostado, malta y leche (...)
Rumbeo para el galponcito.
A quien le gusta leer
jamás se sentirá solo.
En el día del amigo
Ese vínculo se repite.³⁸



Figuras 1; 2 y 3. Ejemplares de libros e impresos conservados por Lalo y Enio.

La figura del *libro-amigo*, modulada por Enio en su poema, se hallaba presente, pues, en un amplio imaginario: "Este *buen amigo* que jamás nos censura y que apenas nos exige que recorramos sus hojas como si diéramos un paseo, nos presenta mundos ignorados y nos deja abierto el espíritu para abordar muchos de los problemas que cotidianamente se nos presentan", introducía en 1962 el "Estante de Gacetika", la sección de la publicación periódica de la fábrica IKA destinada a la recomendación de títulos para sus lectores, entre los que se encontraban, aunque no de manera exclusiva ni mayoritaria, trabajadores de la planta.³⁹

37 **Hortensia**, n° 5, diciembre de 1971.

38 Archivo personal de Enio.

39 **Gacetika**, n° 53, junio de 1962.

Repertorios femeninos

La lectura también integraba las prácticas cotidianas de mujeres de la clase trabajadora. Entre sus consumos de preferencia se encontraban, sabemos, las llamadas revistas femeninas: "Cuando yo me casé en el '50 había una revista que se llamaba *Cuéntame* y traía cuatro novelitas cortas. Era una cosa que las esperaba todas las semanas y las compraba", recordó Bety. Otros eran compartidos con su esposo, quien al momento de casarse ya era obrero de IAME: "En una época nos leíamos todos los que venían de unos libritos chiquitos de cowboys. Teníamos acá un kiosco y el señor me decía: ¡llegaron los libritos de Estefanía!". Marcial Lafuente Estefanía fue el autor de las **Novelas del Oeste**, una extensísima serie española de gran popularidad a mediados de siglo, vendida junto con otras publicaciones baratas en los kioscos de diarios y revistas, que pronto llegó al mercado editorial hispanoamericano. "Cuando llegaba de trabajar, mientras esperaba que yo sirviera la comida, tomaba un libro y lo leía", refirió Bety acerca de su marido, de quien recordó que leía "de todo". También Nina, trabajadora doméstica casada con un obrero ocupado en la empresa provincial de energía eléctrica, afirmó acerca de su esposo: "siempre le gustó leer cuando descansaba del trabajo (...) había algunos libros en la casa, estaba el de Agustín Tosco y el de Eva Perón". Este último, presumiblemente al alcance de un significativo número de trabajadores. Según la publicación de la Biblioteca Popular Luis José de Tejeda, creada en 1944 en Barrio Argüello, **La razón de mi vida** había sido la obra más solicitada en la biblioteca en los últimos tiempos (c. 1952).⁴⁰

Hacia mediados de los años setenta y durante un período de tiempo acotado, el repertorio literario de Bety estuvo determinado por la membresía en un club de lectores: "era de toda la república y venía a todas las provincias. Compraba un libro y tenía acceso a cuatro que me prestaban y los devolvía al mes. Venía el que me traía el libro que compraba y devolvía los otros". **La Papisa** —"la historia de Pio XII y la chica que trajo del campo para que lo sirviera, y lo pasó a él y pasó a ser la que mandó en el Vaticano"—; **Cashelmara**; **El Pájaro Espino**: los títulos recordados —"historias muy fuertes, muy buenas", según las definió— pertenecían al catálogo de Círculo de Lectores, una iniciativa editorial española y club del libro con vocación comercial. Creada a comienzos de los años sesenta, a partir de 1970 tuvo sus réplicas nacionales en países latinoamericanos, entre ellos la Argentina.

Orientado a (la construcción de) un público poco familiarizado con los libros, la lectura y las librerías, Círculo fue el puntapié para el armado de pequeñas bibliotecas en hogares que carecían hasta entonces de la costumbre de tenerlas. Tal como deja entrever la rememoración de aquella

selección, durante esa etapa el catálogo estuvo marcado por una apuesta fuerte por *best sellers*, que encontraban entre el público popular un ámbito de recepción.⁴¹

Entusiasta lectora de revistas femeninas, Mecha las compraba cada vez que podía, una vez sorteada la oposición de su madre, la misma que años atrás le había transmitido el gusto por los cuentos infantiles en los puestos rurales del norte provincial. Asentada ya en el popular barrio Villa El Libertador, procuraba conseguir las de su predilección: las colecciones Intervalo, Nocturno, "sobre romances, historias de amor" ("era alto así", se figuró) e **Idilio**, estas últimas con una apuesta centrada en la fotonovela. Todas (y a diferencia de **Selecciones**, calificada como "aceptable") entraban dentro de la poco complaciente categoría de "malas", según la Clasificación de Revistas ofrecida por el Secretariado de Moralidad de la Junta Arquidiocesana de Córdoba en el año 1956. Los motivos pueden presumirse y es probable, incluso, que hayan sido compartidos con los que fundamentaban las reservas de las madres de aquellas jóvenes trabajadoras que iniciaban sus trayectorias lectoras.

Las emociones recuperadas por Mecha en relación a su encuentro con los personajes de revistas recuerdan los extendidos estereotipos de la "lectora femenina" como consumidora de ficción romántica, "cuya imaginación era propensa a recalentarse".⁴² "Me enamoraba de los artistas, me enamoraba de Robert Taylor, quería ser estrella (...) pero al final me estrellé como un huevo frito". Ese desajuste es el mismo que, precisamente, alimentó la interpretación de varios de los sueños que las lectoras de **Idilio** pusieron a disposición del consultor "Richard Rest" (pseudónimo utilizado por Gino Germani) en la sección "El psicoanálisis le ayudará". Así, por ejemplo, se lee que una soñadora había visto su vida simbolizada en una pequeña habitación, y que ello revelaba aspiraciones por encima "de cuanto la vida le ha deparado":

El sueño aquí ilustrado representa de manera muy clara esta situación. La soñadora ha evolucionado espiritualmente. Su vida actual (...) ya le queda chica. Sus ambiciones, sus anhelos, tienden mucho más allá. ¿Logrará realizar lo que desea? Es muy probable que sí, pues las imágenes del sueño son claras y no aparece en él ningún símbolo que contradiga su sentido. Todo depende, en casos como éste, de la propia soñadora. Si ella se lo propusiese, lograría convertir en realidad sus sueños.⁴³

⁴⁰ **Panorama cultural-social-deportivo. Publicación de la Biblioteca popular José Luis de Tejeda**, octubre de 1952.

⁴¹ Pedro Sánchez Sánchez, **Los clubes del libro en el mundo editorial: el caso de Círculo de Lectores**, Tesis de grado de la Universidad de Salamanca, Facultad de Traducción y Documentación, Salamanca, junio de 2005.

⁴² Martin Lyons, *op. cit.*, p. 168.

⁴³ "Los sueños de ambición I", en **Los sueños. Gino Germani en la revista Idilio**, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2017.



Figura 4. Fotomontaje de Grete Stern. Ilustra la respuesta de R. Rest titulada "Los sueños de ideales frustrados", en *Idilio*, n° 76, 2 de mayo de 1950.

Por cierto, augurios como estos no se verificaron en la trayectoria de Mecha, y su testimonio puede leerse incluso globalmente como una elaboración de ese desacople entre las fantasías de juventud —alimentadas, además, por una afición a lecturas que proporcionaban espejos de referencia— y un derrotero marcado por ingentes limitaciones materiales, que las volvieron inalcanzables. Tal como ha sugerido Radway, una consideración más apegada, en definitiva, más literal que la que usualmente realizan los analistas de la llamada cultura de masas, de la idea de "escape" o "evasión", permite, en casos como el de Mecha, calibrar el origen y el tipo de distancia que las mujeres obreras consideraban necesario mantener entre sus vidas ordinarias y sus fantasías. Tomar en serio, como escribió la autora, "la doble implicación de la palabra fuga": su referencia a las condiciones que se dejan atrás y su proyección intencionada de un futuro utópico.⁴⁴

La lectura de periódicos locales: hábitos, usos, preferencias

En 1965, el diario **Córdoba** publicó una encuesta titulada "Cómo se leen los diarios en la provincia de Córdoba". Su propósito, netamente comercial, era establecer la conformación social, económica y demográfica, así como las preferencias, de los lectores de diarios que se editaban en la capital provincial, para poder entonces afianzar estrategias de venta y llegada a un público lector que ya se reconocía como masivo. Varias décadas más tarde, aquellas respuestas

⁴⁴ Janice Anne Radway, *Reading the romance: women, patriarchy and popular literature*, Chapel Hill (N.C.)/ Londres, University of North Carolina Press, 1991, p. 12.

sirven, en cambio, para afinar nuestro conocimiento acerca de una práctica que, como venimos insistiendo, dejó pocas trazas documentales. La primera pregunta de un extenso cuestionario —"¿Le interesa a usted o no le interesa leer los diarios?"— apuntaba al interés liso y llano, y el resultado es contundente respecto a lo extendido de esa disposición declarada: el 73% de los encuestados dijeron tener interés por la lectura de diarios, aunque poco más de la mitad entre ellos reconociera que los leía siempre y el resto que no le resultaban indispensables.⁴⁵

Las diferencias sociales —presumibles a partir de la clasificación por niveles educativos y ocupaciones— no operaron aquí como variable determinante: desde los menos escolarizados hasta quienes poseían estudios superiores, las respuestas afirmativas se distribuyeron a lo largo de la escala social. El contraste emergía, sí, frente a la distinción por grupos ocupacionales: mientras solo un 1% de los "profesionales, comerciales e industriales de altos ingresos" nunca leía los diarios, el porcentaje ascendía a 49% al tratarse del grupo integrado por "peones, jornaleros, domésticas y obreros". Sin embargo, aun allí —sólo en el caso de los "jubilados, pensionados e imposibilitados" la relación se invertía— la tendencia se inclinaba hacia el polo afirmativo: así como para quienes podían considerarse "letrados" en un sentido amplio, los periódicos formaban parte de la cotidianeidad de hombres y mujeres cuyo tiempo estaba mayormente abocado al mundo del trabajo manual. Lo que puede parecer una constatación vacua o carente de significado preciso, importa, en cambio, en tanto dato revelador de un tipo de relación —entre medios escritos y públicos obreros— que ha sido históricamente variable a lo largo del tiempo y los espacios.⁴⁶

El trabajador con "el diario abajo del brazo", tal como lo universalizó un entrevistado al referirse a sus compañeros de planta fabril, acaso sea menos —o tanto— una imagen romántica y memorial, que la cristalización efectiva de una práctica que alcanzaba a mitad de siglo amplios niveles de difusión entre la población trabajadora. Algunos establecimientos fabriles y locales gremiales disponían, por ejemplo, de espacios especialmente destinados a la lectura de diarios y revistas. En la imagen, la "mesa de lectura" ubicada en el subsuelo del comedor de IKA.⁴⁷ El sindicato de Luz y Fuerza, suscripto a los periódicos locales **Córdoba** y

⁴⁵ **Cómo se leen los diarios en la provincia de Córdoba**. Departamento de relaciones públicas del diario **Córdoba**, Córdoba, mayo de 1965. Archivo de la Biblioteca Popular de Bella Vista.

⁴⁶ Para el siglo XIX en la Argentina pueden leerse los trabajos de Hernán Pas. Hernán Pas, (2018) "Prensa periódica y cultura popular en el Río de la Plata durante el siglo XIX", en *Perifrasis*, Vol. 9, n° 18, 2018, pp. 11-29; Hernán Pas, "Quiénes leen. Algunas notas sobre prensa, lectura y consumo", en *Lecturas del siglo XIX: prensa, edición, cultura literaria*, Buenos Aires, Katatay, 2018.

⁴⁷ *Gacetika*, n° 47, diciembre de 1961.

Los Principios y los nacionales **Clarín** y **La Razón**, también ofrecía a sus afiliados una biblioteca para efectuar consultas.⁴⁸

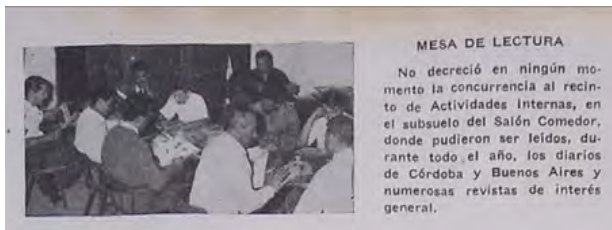


Figura 5. *Gacetika*, n° 47, diciembre de 1961.

Los matices han de aparecer —y la encuesta así lo sugiere, aunque su información es limitada— cuando se indaga en los usos, modalidades y contenidos de una costumbre que ya podemos dar por sentada. Así, por caso, la hora y media diaria promedio destinada por los grupos profesionales a la lectura de diarios, se reducía a un cuarto o media hora en el caso de los grupos económicos bajos o de escaso nivel educativo, quienes, por otro lado, rara vez abordaban el periódico “en varias veces” —hábito más extendido entre los sectores medio y alto— sino que lo hacían “de una sola vez”.

Otras distinciones venían aparejadas a la pregunta por el diario preferido, entre un repertorio de publicaciones locales encabezadas por **La Voz del Interior**, **Córdoba** y **Los Principios**. Este último, vinculado directamente a las élites católicas de la provincia, prácticamente ausente en las respuestas diseminadas por los grupos que nos interesan. Por lo demás, no pareciera que las elecciones hayan obedecido a razones ideológicas. Lo que el sistema de la encuesta reflejaba era, antes bien, una distribución de orden cultural, una segmentación por variables socioeconómicas que expresaba distintas preferencias.

Mientras **La Voz del Interior** era el periódico más leído entre el total de la muestra de encuestados, un dato sobresale cuando se pone el foco en el grupo ocupacional 3: la predilección se inclinaba ahora hacia el diario **Córdoba**, el único que, en efecto, suele ser referido como cercano a los lectores de clase trabajadora, aunque su perfil estaba lejos de ajustarse a lo que podría considerarse un periódico “obrero”.⁴⁹ Esta tendencia es congruente con la información proporcionada en la última tabla de la encuesta, que comparaba el poder adquisitivo de los lectores de cada diario según la posesión de ciertos productos. Si bien no se trata, en la mayoría de los casos, de diferencias demasiado contundentes, el resultado es el mismo para la totalidad de los bienes consultados: los

lectores de **La Voz del Interior** poseían, proporcionalmente, mayor cantidad y variedad de bienes de consumo (durables y no durables) que los lectores del diario **Córdoba**.⁵⁰

La falta de información cualitativa impide avanzar en explicaciones basadas en criterios periodísticos, ideológicos o culturales, aunque es posible conjeturar algunas de las razones de aquella tendencia a partir de otro tipo de elementos, como pueden ser el precio del ejemplar o el horario de su salida, dado que se trataba de una tirada vespertina. Como sea, y tal como vimos en el apartado anterior, el resultado es congruente con testimonios que identificaron a la costumbre obrera de leer el diario con el vistazo al **Córdoba** en un momento muy preciso del día: a la salida del trabajo, casi a contramano de la imagen “burguesa” que ubica al repaso de las noticias periodísticas entre las primeras acciones de la jornada.

“Recuerdo muy bien, mi padre venía de trabajar y luego lo leía” anotó, entre otros, el hijo de un obrero del cemento en un posteo destinado a recuperar recuerdos sobre el diario.⁵¹ La propia propaganda hacía gala de esta cualidad: “Más tiraje para mayor penetración. El aumento de circulación y su alcance popular le permite a ‘Córdoba’ estar con más gente. Aparece a la hora justa de la tarde, cuando todas las actividades terminan y el público necesita informarse”.⁵² Aún si esta predilección respondiera a otros motivos, lo que es claro si se siguen los datos de la encuesta es que existía un hábito diferenciado entre grupos económicos y ocupacionales en lo referido al momento del día elegido —o destinado— para la lectura de periódicos: mientras la lectura matutina se imponía con amplio margen en los grupos más altos y/o profesionales, la tarde y la noche suscitaron mayormente la identificación de trabajadores.

Algunos testimonios orales rescataron la casa de redacción del **Córdoba**, emplazada en el centro de la ciudad y, según refirieron, fuente (sonora) de emanación de primicias en tiempos en los que no existía la televisión o aún se hallaba acotada a un limitado número de hogares. El fin de la segunda guerra mundial o el golpe de estado de 1955 quedaron, así, en la memoria de estos contemporáneos, asociados a la estridencia de la sirena localizada en el edificio perteneciente al diario. Quizás otra de las claves de esa probable predilección guarde relación con uno de los recuerdos que anotó Bety en su autobiografía: las habituales visitas de reporteros del diario al barrio de su infancia, San Martín, especialmente en épocas de carnaval, “a buscar niños disfrazados y fotografiarlos”. Su escrito documenta

48 Sindicato de Luz y Fuerza, memoria y balance de ejercicio, 1960.

49 Cfr. Paulina Brunetti, “La prensa cordobesa durante la primera dictadura militar (1930-1931)”, en *Cuadernos de H ideas*, Vol. 8, n° 8, enero-noviembre de 2014; Pedro Giordano Mazieres et al., “El cordobazo. Análisis de titulares en la prensa gráfica de Córdoba, Argentina”, en *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, n° 31, 2019.

50 La lista de productos incluía: automóviles, aspiradora, batidora, bicicleta, cocina a gas, cocina eléctrica, cocina a kerosene, lavarropa, licuadora, máquina de coser, máquina de escribir, moto, motoneta, radio eléctrica, radio transistores, heladera eléctrica, heladera a kerosene, televisor, tocadiscos.

51 Grupo de Facebook “Córdoba de Antaño”, publicación del 12/7/2020.

52 *Aquí y ahora*, Año 2, n° 18, septiembre de 1970.

con aquella fotografía el día que, a principios de los años cuarenta, su disfraz de "Muñequita Lenci" apareció en las páginas del periódico.



Figura 6. Fotografía de Bety disfrazada de "Muñequita Lenci" para el carnaval, aparecida en el diario Córdoba, c. 1940.

A diferencia de muchos otros productos disponibles en el mercado, el diario daba respuesta a necesidades diversas y, por tanto, las motivaciones de lectura podían obedecer a razones múltiples, e incluso contrapuestas entre sí: información sobre la actualidad, sobre servicios de utilidad pública, sobre temas específicos, sobre bienes de consumo, entre otros. La encuesta proporciona, además, información acerca de las preferencias relativas a los contenidos y secciones, y en estos puntos también pueden hallarse distinciones de interés. Por caso, las tablas destinadas a la lectura de avisos sugieren que los anuncios publicitarios —de tiendas, sastrerías, zapaterías, productos alimenticios y automóviles— apenas suscitaban la atención de los grupos económicos y ocupacionales bajos.

Si bien el mayor porcentaje lo concentran —a excepción del ítem automóviles— las amas de casa, y es esperable que en el seno de ese grupo hayan convivido mujeres de diversa extracción social, parece lícito suponer que los anuncios comerciales no despertaban especial interés entre un público trabajador que quedaba, en efecto, al margen del poder de compra que la mayoría de tales avisos requerían. Esto no quiere decir que, aun sin reconocerlo pública o conscientemente, esos contenidos fueran ajenos a su cotidianeidad, o aún a su horizonte más cercano de expectativas simbólicas y materiales. Al contrario, y tal como han sugerido distintas investigaciones, la adquisición de bienes de consumo que hasta hacía poco eran restrictivos de sectores medios y altos,

había comenzado a ser algo factible para circuitos masivos.⁵³ Una tendencia inversa le corresponde, en cambio, a la lectura de avisos clasificados, mayormente concentrada entre los grupos de menor nivel educativo e ingresos económicos. La encuesta no distingue tipologías de clasificados, pero es de suponer que los periódicos fueron, para una porción significativa de trabajadores, uno de los principales medios de transmisión y difusión de ofertas laborales. Fue, por caso, gracias a un aviso clasificado que Bety localizó en el diario, que su esposo se incorporó a la planta de operarios ocupados en IAME.

La distinción de lectura por secciones según grupos demográficos ofrece, finalmente, otros disparadores relevantes. Mientras que ciertas secciones suscitaban un interés parejamente distribuido entre las franjas de encuestados —es, por ejemplo, el caso de las noticias policiales, con un 67% afirmativo entre el sector socioeconómico bajo y un 68% en sectores altos— otras devolvieron un panorama más fragmentado. Si los telegramas nacionales y del exterior, las carreras de caballos, los comentarios económicos (bolsa, finanzas) y las sección editoriales/ comentarios cosechaban la mayoría de respuestas afirmativas entre lectores más acomodados y contaban con poca o nula repercusión entre los grupos más bajos, el movimiento opuesto tenía lugar frente a un grupo temático específico: el horóscopo/palabras cruzadas, las noticias del interior de la provincia, las loterías-extractos.

Se pone de relieve, así, una inclinación característica de ciertas tendencias sociológicas relacionadas con el consumo de diarios en tiempos de medios masivos. Como han mostrado otros estudios, es posible verificar, en diferentes tiempos y lugares, la atracción del público popular hacia las llamadas "zonas blandas" de los periódicos (noticias policiales, deportes, espectáculos, horóscopos), aparejada, en general, a una correlativa desatención de las "zonas duras" (noticias internacionales, economía, política).⁵⁴ Desentrañar aquel sistema de preferencias sería tan complejo como dar en la clave de cualquier sociología de la diferencia cultural, pero es posible deslizar algunas interpretaciones. En consonancia con el planteo de Sunkel, parece estar presente allí un sentido de "expertizaje" e intimidad que operan en compensación frente a la falta del tipo de conocimientos requeridos por las áreas temáticas que provocaban mayor extrañeza. Así, el placer de la lectura de periódicos vendría de la mano de la posibilidad de penetrar —y, en cierto sentido, confirmar— saberes que el público lector popular podía ya dar cuenta previamente.

Este breve recorrido por la encuesta "Cómo se leen los diarios en la Provincia de Córdoba" sirve para recordar que

53 Natalia Milanesio, **Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.

54 Guillermo Sunkel, "Consumo de periódicos en la transición democrática chilena", en **El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación**, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999.

los periódicos —antes que el libro, tenido generalmente como soporte por antonomasia— constituyeron uno de los principales vectores del fenómeno de la expansión lectora entre las clases trabajadoras. Es fácil presumir, afirmaba Adolfo Prieto en 1956, que una inmensa mayoría de los diez millones de lectores argentinos que circunscribió el censo de 1947, comenzaba y agotaba su ciclo de lecturas "en la hoja diaria y en la revista semanal".⁵⁵

Recapitulación y perspectivas

El recorrido transitado hasta aquí tuvo como principal objetivo poner de relieve las notas distintivas de una práctica, la de la lectura, en vinculación con las condiciones que la hicieron posible en la vida diaria de sectores obreros que habitaron en la ciudad de Córdoba a mediados del siglo XX, entre comienzos de los años cincuenta e inicios de los setenta. La primera consideración es más o menos evidente, pero no deja de resultar relevante, habida cuenta cierta desatención en las aproximaciones históricas que tienen como protagonistas a las clases trabajadoras: la lectura formaba parte efectiva, a través de expresiones diversas, de los hábitos y acciones acostumbrados, y en diverso grado integrados, a la vida cotidiana de hombres y mujeres que abocaron, en cambio, la mayor parte de su tiempo al mundo del trabajo manual. Lo hacía de maneras particulares y, está claro, marcadas por condicionantes que variaban de un caso a otro —familiares, económicos, de género, ideológicos—, pero también en función de unas disposiciones que no es azaroso calificar como compartidas. En las páginas que anteceden, intentamos detenernos en esa zona, procurando reponer las características de un modo de aproximación al mundo escrito guiado por gustos, interpelaciones y expectativas que debieron, al menos en parte, su concreta realización a unas determinadas mediaciones sociales.⁵⁶

A partir de un conjunto de testimonios orales y el recurso a otras fuentes, delineamos un posible mapa de itinerarios lectores que tuvo como punto de inicio los años de la infancia, porque así lo consideraron quienes evocaron a ese tiempo vital como escenario primigenio de una práctica que iría adquiriendo nuevos contenidos. Se vislumbraron allí los contornos de una actividad propulsora de un momento de reunión, y se adivinó también la potente mediación de las voces lectoras, posibilitadoras de ese amplio público que "leyó" textos habiéndolos, en realidad, escuchado. Las voces de madres o abuelos que relataban historias de ficción con o sin el respaldo de soportes escritos y en espacios precarios, pero también las de los propios niños de familias obreras que, siendo a veces

representantes de la primera generación alfabetizada en un contexto de alza de la escolarización, fueron los encargados de leer en voz alta periódicos, revistas, volantes, por expreso pedido y necesidad de los adultos analfabetos.

Aquellos testimonios elaboraron una figura cuyas modulaciones los emparentaron con trabajadores que, en tiempos y lugares de los más diversos, reconstruyeron sus itinerarios lectores: "leer casi cualquier cosa que se pusiera en las manos". Jonathan Rose, autor de una de las principales contribuciones al campo de la historia de la lectura de las clases trabajadoras, partió de esa consigna para hipotetizar acerca de las razones de lo que denominó la conformación de una "biblioteca mestiza" en la que, a diferencia de otras, había poco lugar para la selectividad, en beneficio de recorridos más bien aleatorios.⁵⁷ Podría pensarse en aquella figura como expresiva de un tipo de lectura extensiva, asociada al entretenimiento más que a la "edificación" y coincidente, en términos históricos, con un movimiento de "desacralización" de la palabra impresa.⁵⁸

En efecto, fueron estas décadas claves en el proceso de mercantilización y masificación de la industria del impreso en la Argentina. Sin embargo, es posible entrever en ella también cierto afán, si bien retrospectivo, por ponderar el ejercicio lector como práctica en sí misma, en la que los contenidos importaban tanto, o menos, que la reafirmación de cierta valía intelectual. Leían "todo lo que caía en sus manos" porque la limitación de recursos no permitía mayor selectividad, porque de esa forma aferraban algo que de lo contrario podía escurrirse fácilmente, pero también debido a una clarividencia que indicaba que era esa una vía de acceso a un camino tempranamente trunco, condicionado por una falta. En este punto, la figura podría incluso expresar una variante más del "sentimiento de in-cultura", rastreable en la larga duración y vinculado, al menos en parte, con las carencias de la educación formal.⁵⁹

Por lo demás, la actualidad de aquella idea sobre *lo que cae entre las manos* sugirió algo que viene al caso recordar en este punto: tal como insistieron Chartier y muchos de los que siguieron su estela, carece de sentido intentar identificar la cultura popular "por medio de algunas supuestamente específicas distribuciones de objetos u obras".⁶⁰ Importa, más bien, escudriñar los usos y apropiaciones. Si la actividad lectora presenta todos los rasgos de una "producción silenciosa" —y, por ende, también inasible— había que reconocer los signos que hicieran posible vislumbrar un tipo de disposición, más allá de un repertorio de productos. Lo cual no quiere decir

55 Adolfo Prieto, **Sociología del público argentino**, Buenos Aires, Leviatán, 1956.

56 Jesús Martín Barbero, **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Barcelona, Ediciones G. Gilli, 1987.

57 Jonathan Rose, *op. cit.*, p. 367.

58 Robert Darnton, "¿Qué es la historia del libro?", en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, Vol. 12, n° 12, pp. 135-156.

59 Jesús Martín Barbero, *op. cit.*, p. 102.

60 Roger Chartier, "Lecturas y lectores "populares" desde el renacimiento", en Guglielmo Cavallo y Roger Chartier (eds.), **Historia de la lectura en el mundo occidental**, Madrid, Taurus, 2001 [1997], p. 52.

que éstos hayan sido irrelevantes. Al contrario, algunos de los materiales evocados revelaron el camino a partir del cual trazar continuidades posibles, por más que en sí mismos no puedan definirse unívocamente como "populares". Obras o autores extranjeros consagrados leídos a través de marcos probablemente poco sofisticados, el clásico de la literatura nacional, la Biblia, publicaciones de entretenimiento de tirada masiva, novelas románticas para públicos femeninos, una típica revista de clase media internacional, periódicos locales.

En 1956, Prieto documentaba, a propósito de los "curiosos efectos" de la elevación del standard de vida derivada de la ocupación plena en el país, la —inérita, y aún limitada— propensión al gasto ostensible entre grupos de población poco o nada acostumbrados a la posesión de un pequeño excedente de bienes:

Con una infinita escala de matices, hallará ilustrado este hecho quienquiera visite buena parte de los hogares obreros. Desde la licuadora al humilde aparato de radio, desde la heladera a la fotografía que recuerda a un viaje a la playa, desde el tocadiscos al diccionario enciclopédico en dos tomos. El libro ha entrado de rondón en este vértigo atomizado del gasto ostensible, del pequeño lujo. En primer lugar, naturalmente, el libro caro (...) en segundo lugar, el libro barato, el que puede comprarse según el nuevo sistema de venta por remate implantado en muchas librerías en consonancia con el nuevo tipo de comprador.⁶¹

El cuadro se ajusta a las situaciones elaboradas por algunos de los testimonios analizados, en los que la adquisición de libros o impresos venía aparejada de una relativa estabilidad económica, producto de la reciente inserción en, por ejemplo, la actividad fabril. Pero aún en esos casos no llegaban a conformar el volumen que ameritaba su ordenamiento en una biblioteca, y aún si aquello hubiera sido posible es probable que tampoco fuera esa la opción privilegiada. El vínculo con aquellos materiales no estaba mediado, pues, por nociones ligadas al prestigio, la exhibición o el atesoramiento, sino por acercamientos, si se quiere, más inmediatos. De ahí que si estos trabajadores leían —o así lo percibieron en la reconstrucción de sus experiencias— "lo que caía en sus manos", la pregunta perseguida en este artículo intentó dirigirse hacia el cómo, o desde dónde, les llegaba lo que alimentaba esa especie de avidez. Y allí se abrió entonces el amplio y heterogéneo espacio de lo que Chartier denominó las "prácticas populares de lo impreso", algunas de las cuales quedaron, aquí, de manifiesto.⁶² La lectura en voz alta, en los lugares de trabajo, la compra de libros usados o a domicilio; la costumbre del periódico vespertino y la preferencia por las secciones "blandas" de la prensa; el gusto por la miscelánea, las aventuras y la ficción romántica; las expectativas ligadas a una instrucción que saldara las deficiencias de la educación

adquirida o heredada. Pero también, vimos, la certera elección de un título para probar una conquista amorosa.

Referencias bibliográficas

- Acha, Omar, "El sindicato de 'canillitas' y el mosaico de lo público en la sociedad política peronista (1945-1955)", en Acha, Omar; Quiroga, Nicolás (coords.), **Asociaciones y políticas en la Argentina del siglo veinte. Entre prácticas y expectativas**, Buenos Aires, Prometeo, 2014, pp. 81-107.
- Aira, César, "La utilidad del arte", en **Ramona. Revista de artes visuales**, n° 15, Buenos Aires, agosto de 2001, pp. 4-5.
- Batticuore, Graciela, "La lectora de periódicos", en **Cuadernos de Literatura**, Vol. XX, n° 40, julio-diciembre de 2016, pp. 491-510. Disponible en <https://doi.org/10.11144/javeriana.cl20-40.lldp>
- Bourdieu, Pierre, **La distinción. Criterios y bases sociales del gusto**, Madrid, Taurus, 2016.
- Brennan, James, P., **El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976**, Buenos Aires, Waldhuter Editores, 2015.
- Brunetti, Paulina, "La prensa cordobesa durante la primera dictadura militar (1930-1931)", en **Cuadernos de H Ideas**, Vol. 8, n° 8, enero-noviembre de 2014. Disponible en <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/2342/>
- Cabrera, Hilda B., **Los libros y la educación popular: las bibliotecas populares cordobesas**, Trabajo Final de Bibliotecología, Córdoba, 1971.
- Cena, Juan Carlos, **El guardapalabras. Memoria de un ferroviario**, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1998.
- Chartier, Roger, "Lectores y lecturas populares. Entre imposición y apropiación", en **Co-herencia. Revista de Humanidades**, Vol. 4, n° 7, julio-diciembre de 2007, pp. 103-117.
- , "Lecturas y lectores 'populares' desde el renacimiento", en Cavallo, Guglielmo; Chartier, Roger (eds.), **Historia de la lectura en el mundo occidental**, Madrid, Taurus, 2001.
- Darnton, Robert, "¿Qué es la historia del libro?", en **Prismas. Revista de Historia Intelectual**, Vol. 12, n° 12, 2014, pp. 135-156. Disponible en https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/article/view/Darnton_prismas12
- , "Los campesinos cuentan cuentos: el significado de Mamá Oca", en **La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1987.
- , "Primeros pasos hacia una historia de la lectura", en **El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010.
- Eujanian, Alejandro, **Historia de las revistas argentinas. 1900/1950 La conquista del público**, Buenos Aires, Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999.
- Germani, Gino, "Los sueños de ambición I", en **Los sueños. Gino Germani en la revista Idilio**, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2017.
- Giordano Mazieres, Pedro et al., "El Cordobazo. Análisis de titulares en la prensa gráfica de Córdoba, Argentina", en **Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba**, n° 31, 2019. Disponible en <https://rdu.unc.edu.ar/server/api/>

61 Adolfo Prieto, *op. cit.*, p. 79.

62 Roger Chartier, *op. cit.*, p. 480.

[core/bitstreams/e58feed7-5af4-4a74-ae11-772e52b74848/content](https://core.bitstreams/e58feed7-5af4-4a74-ae11-772e52b74848/content)

- Gubern, Román, **Metamorfosis de la lectura**, Madrid, Anagrama, 2010.
- Hoggart, Richard, **La cultura obrera en la sociedad de masas**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.
- Lyons, Martin, "La experiencia lectora y escritora de las mujeres trabajadoras en la Europa del siglo XIX", en **Cultura escrita y sociedad**, n° 1, septiembre de 2005. pp. 158-176.
- , **Una historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental**, Buenos Aires, Ampersand, 2024.
- Martín Barbero, Jesús, **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Barcelona, Ediciones G. Gilli, 1987.
- Milanesio, Natalia, **Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014.
- Monsiváis, Carlos, **Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina**, Barcelona, Anagrama, 2000.
- , **Los rituales del caos**, México D.F., Ediciones Era, 2001.
- Pas, Hernán, "Prensa periódica y cultura popular en el Río de la Plata durante el siglo XIX", en **Perífrasis**, Vol. 9, n° 18, 2018, pp. 11-29. Disponible en <https://doi.org/10.25025/perifrasis20189.18.01>
- Pas, Hernán, "Quiénes leen. Algunas notas sobre prensa, lectura y consumo", en **Lecturas del siglo XIX: prensa, edición, cultura literaria**, Buenos Aires, Katatay, 2018.
- Prieto, Adolfo, **Sociología del público argentino**, Buenos Aires, Leviatán, 1956.
- Radway, Janice Anne, **Reading the romance: women, patriarchy and popular literature**, Chapel Hill (N.C.)/ Londres, University of North Carolina Press, 1991.
- Rose, Jonathan, **The Intellectual Life of the British Working Classes**, New Haven/ Londres, Yale University Press, 2010.
- Sánchez Sánchez, Pedro, **Los clubes del libro en el mundo editorial: el caso de Círculo de Lectores**, Tesis de grado, Universidad de Salamanca, Facultad de Traducción y Documentación, Salamanca, 2005. Disponible en <http://hdl.handle.net/10366/110582>
- Sarlo, Beatriz, "Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad", en **Punto de Vista. Revista de Cultura**, Año 2, n° 6, julio de 1979, pp. 9-18.
- , **El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina, 1917-1927**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Sunkel, Guillermo, "Consumo de periódicos en la transición democrática chilena", **El consumo cultural en América Latina. Construcción teórica y líneas de investigación**, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 1999.
- Ubelaker Andrade, Lisa, "Connected in Print: Selecciones del Reader 's Digest, U.S. Cultural Relations, and the Construction of a Global Middle Class, 1940-1960", en **Palabra Clave**, Vol. 22, n° 4, 2019, pp. 22-47. Disponible en <https://doi.org/10.5294/pacla.2019.22.4.7>
- Ubelaker Andrade, Lisa, "La revista más leída del mundo: **Selecciones del Reader 's Digest** y culturas de la clase media, 1940-1960", en **Contemporánea. Historia y Problemas del siglo XX**, Vol. 5, n° 5, 2014, pp. 21-41. Disponible en <http://www.geipar.udelar.edu.uy/index.php/2017/05/06/Lisa-ubelaker-andrade/>

Resumen:

Este artículo se interesa por la lectura, en tanto práctica cultural específica protagonizada por las clases trabajadoras de Córdoba a mediados del siglo XX (1940-1970). Recuperando aportes clásicos y desarrollos recientes de la historia social y cultural, busca establecer los contornos, contenidos y modalidades de vinculación con el mundo escrito —desde materiales de ficción hasta periódicos locales— que sectores obreros desplegaron en un período determinado de su historia. A partir de un conjunto heterogéneo de fuentes —entrevistas orales, autobiografías, documentos personales, publicaciones periódicas, una encuesta de la época— y siguiendo algunos itinerarios individuales, procura adentrarse lo más posible en esa zona de la experiencia cultural que, casi por definición, transcurrió (y transcurre) sin dejar huellas directas. La atención, por tanto, no está puesta en un análisis textual de materiales impresos específicos, sino en ese espacio intersticial en el que operan las "mediaciones" de la cultura obrera y popular: la infancia; la vida cotidiana, el trabajo y el hogar; como así también cierto universo de ideas y expectativas que pudieron haber impreso a la práctica lectora cierto sentido de clase.

Palabras clave: Cultura obrera; historia de la lectura; lectores populares; Córdoba.

What falls into hands. Itineraries and reading practices in the working class (Córdoba, 1940-1970)

Abstract:

This article focuses on reading as a specific cultural practice shaped by the working classes in Córdoba during the mid-20th century (1940-1970). Drawing on both classical contributions and recent developments in social and cultural history, it seeks to trace the contours and modalities of engagement with the written word —from fiction materials to local newspapers— constructed by working-class sectors during a particular moment in their history. Based on a heterogeneous set of sources —oral interviews, autobiographies and personal documents, periodical publications, and a contemporary survey— and following individual trajectories, the article aims to explore a zone of cultural experience that, almost by definition, left few direct traces. The focus, therefore, is not on analyzing specific printed materials, but rather on that interstitial space where the "mediations" of working-class and popular culture operate: childhood; everyday life, work, and the home; as well as a certain universe of ideas, experiences, and expectations that may have conferred a class-based meaning to reading practices.

Keywords: Working-class culture; History of reading; Popular readers; Córdoba.

[Recibido: 04/05/2025

Aceptado: 30/07/2025]